

EL CREDITO Y LOS SECTORES PRIORITARIOS

La siderurgia y la minería reciben el 80 por ciento

La orientación que recibe el crédito oficial en España tiene una importancia decisiva, por cuanto su influencia es fundamental en orden a dotar a determinados sectores industriales de una capacidad productiva para competir no sólo en el mercado nacional, sino también en el exterior, y, sobre todo, si se tienen presentes los vínculos estrechos que unen a las fuentes de financiación privadas con algunas empresas y sectores tradicionales, así como a la estructura de todo el sistema financiero en su conjunto. De hecho, el crédito oficial puede considerarse como un arma fundamental de la política de modernización industrial, facilitando fondos a aquellas actividades que no estando ligadas a los centros privados de financiación, necesitan de cuantiosos recursos. Asimismo el crédito oficial puede jugar un papel primordial de cara al desarrollo regional.

Pues bien, desde esta perspectiva cobra un especial interés el análisis de la canalización real de los fondos públicos que distribuye el Banco de Crédito Industrial, entidad que debe dotar de medios crediticios a aquellos sectores que el Plan de Desarrollo considere como prioritarios. Los datos referentes a 1966, que se contienen en el cuadro siguiente, no dejan lugar a dudas. En dicho año la financiación oficial se polariza en torno a la siderurgia y la minería de hulla, sectores que se han acogido al Régimen de Acción Concertada, prestando una mínima atención a otros sectores (industria textil, editorial, conservación de alimentos, curtidos y calzados...) con grandes posibilidades de expansión y, sobre todo, con menos facilidades de acceso a los grandes canales del crédito privado.

Concesiones netas de crédito a los sectores prioritarios	Millones de ptas.	%
Industria Textil algodonera	260	3,9
Industria Textil lanera	162	2,4
Industria editorial	200	3,0
Conservación de alimentos	138	2,1
Industrias del frío	219	3,3
Curtido, calzado, confecciones	76	1,1
Papel y cartón	77	1,1
Fabricación de cemento	180	2,7
Siderurgia	4.720	70,4
Extracción de hulla	666	9,9
Extracción del mueble de madera	—	—
Maquinaria textil, agrícola y máquina-herramienta	4	0,0
Total	6.702	100,0

Fuente: Artículo de J. Petit, «I. C. E.» número 417-418. Madrid.

De esta forma se está asistiendo a un fenómeno de enorme virtualidad clarificadora sobre las relaciones e intereses entre la Banca Oficial y los grandes centros privados de poder económico. El Banco de Crédito Industrial orienta fundamentalmente sus recursos prioritarios hacia unos sectores que atraviesan una profunda crisis de técnica y de capital, que la iniciativa privada sigue controlando casi en su totalidad, a pesar de su deficiente gestión durante muchos años, siendo los datos que aquí se recogen una de las pruebas más concluyentes a este respecto.

Como ha afirmado J. Petit en el interesante trabajo citado, todo ello supone una política que tiene un elevado precio, pues, «dada la limitación de los recursos existentes, la canalización en gran escala de los medios a los sectores siderúrgico y hullaero implica serios sacrificios a todos los sectores del país».

Las consecuencias de esta política de financiación industrial se extienden también a otros aspectos de la realidad económica, y se hacen sentir especialmente en el ámbito del desarrollo regional, tema que reviste un extraordinario interés y del que nos ocuparemos con detalle en otra ocasión. ■ A. L. M.

LA POLITICA DE REGADIOS

Sólo se ha realizado el 48 por ciento de las previsiones del Plan

A partir de los años cuarenta, la política agrícola se dirige fundamentalmente a introducir ciertas transformaciones técnicas (obras hidráulicas, colonización, etcétera) con las que, sin incidir directamente sobre la distribución de la tierra, se pretende adecuar la producción agrícola a las exigencias de la economía nacional. Desde esta perspectiva, la política de regadíos constituye una pieza fundamental en la nueva orientación de la política agrícola. Es por lo que resulta coherente que el I Plan de Desarrollo, al margen de otros planteamientos, proponga entre sus directrices generales una intensificación de las obras de transformación en regadíos y una mayor atención y selección de las mismas.

Por ello, sin entrar ahora en la valoración crítica de lo que ha supuesto la adopción de esta política agrícola, cuestión a la que ya hemos hecho referencia en otras ocasiones, resulta muy significativo examinar cuál ha sido su grado de aplicación. Es decir, no se trata de abordar los problemas

de fondo relacionados con la estructura del latifundio y de la pequeña propiedad, sino de analizar simplemente, y en términos cuantitativos, la realización de los ya discutidos objetivos propuestos. A este respecto, los datos del cuadro siguiente son representativos, al reflejar el grado de realización (realidad sobre previsión) y el balance de resultados, en el cuatrienio 1964-67, de los diversos planes de regadío en su conjunto.

Como puede observarse, «la superficie transformada en el cuatrienio ha sido aproximadamente del orden de la mitad de la superficie a transformar prevista en el Plan» (Memoria sobre la ejecución del I Plan de Desarrollo Económico y Social, 1967), dato que aun resalta más si se considera que «las realizaciones en planes independientes de la Dirección General de Obras Hidráulicas han sido muy bajas en relación con los objetivos previstos (27 por 100)» (página 135 de la Memoria citada).

SUPERFICIE PUESTA EN RIEGO EN EL CUATRIENIO 1964-67 (hectáreas)

Conceptos	Previstas en el Plan de Desarrollo	Realizadas	Grado de realización en %
Nuevos regadíos	307.272	180.322	59
Regadíos mejorados	116.837	23.750	20
Total general	424.109	204.072	48

Fuente: Memoria del Plan de Desarrollo, 1967.

Ante estos resultados cabe preguntarse cuál hubiese sido el grado de realización material de los planes de regadío en el supuesto de no cons-

tituir los mismos el soporte fundamental de la política agraria, tal como hoy vienen concibiéndose dentro de los planes económicos. ■ A. L. M.

«ENGLISH SPOKEN»

Nuestra realidad en Lauro Olmo



Abriendo la temporada en el Cómico, Lauro Olmo acaba de ofrecer su cuarto estreno madrileño. Antes habíamos visto «La camisa», «La pechuga de la sardina» y «El cuerpo». Obras que, en su conjunto, habían diseñado ya con firmeza cuáles eran las características del autor, cuáles sus valores y sus limitaciones. Lauro Olmo tiene perfecto derecho a estas alturas a que dejemos de ponerle en el disparadero de ser el «genio y solución» del teatro español; disparadero siempre mortal, porque acumula heterogéneas necesidades y frustraciones a las que ningún autor puede responder. Basta mirar alrededor y considerar el drama de esa media docena de autores españoles a los que tanto daño ha hecho nuestra tradicional necesidad de mitificación, primero, y escupitajo después.

«English spoken», que así se llama el último estreno de Lauro Olmo, es, al margen de sus virtudes y defectos, una obra tremendamente significativa, y, como tal, de innegable importancia. Si uno revisa la cartellera española, se encuentra con una abrumadora mayoría de títulos que corresponden a nuestra Babia escénica al no estar en ninguna parte de nuestro teatro. Olmo —como Buero, o como Gala, por citar dos estrenos de la temporada anterior— aporta, como valor fundamental y primero, su voluntad de integración en nuestra realidad, su deseo de hacer teatro con los que él considera problemas de nuestro país y nuestro tiempo. De ahí el riesgo —un riesgo inherente a toda obra responsablemente escrita— del autor y la cualificación menos discutible de sus obras: su valor radiográfico, la autodisección practicada a través de las mismas en lugar de hacer de las obras despersonalizados productos para el consumo.

Este descubrimiento nos conduce, quizá, a una nueva observación: la condición dominante del teatro más o menos realista de la actual y reciente

escena española, del teatro considerado «crítico», independiente, cultural, testimonial, etcétera, etcétera. Se desprende, mucho más que de su forma e ideología, de su voluntad de trabajar con la realidad española contemporánea. Su estimación nace así de un juicio moral y político previo: a todo aquel que quiere «decir la verdad», nos convenza o no, participemos o no de su perspectiva estética e ideológica, lo inscribimos en el «teatro progresista» por la significativa y penosa paradoja de que «querer decir la verdad» es ya una excepción, una actividad superior en el contexto general de nuestra trivialidad y ambigüedad escénicas.

Ahora bien, y volviendo a «English spoken», ¿nos vale la «verdad» de Lauro Olmo? ¿Hasta qué punto no se hace necesario superar esa adhesión moral, según la cual «estamos de acuerdo» con el autor? ¿Por qué no estar de acuerdo con su honestidad, con la intención última de su obra, y, en cambio, no estarlo con las ideas concretas y con determinadas decisiones estéticas de su drama? ¿Por qué la disyuntiva entre ese eterno «meterse» con un autor o, partiendo de la estimación moral, convertir la crítica de su obra en un drama de conciencia?

Estas son preguntas que exceden la consideración concreta de «English spoken», pero que valen la pena en cuanto revelan la situación a que ha llegado el teatro español. Un teatro que está necesitando una explosión de salud, de libertad y de audacia. Y en el que sobran una serie de prejuicios morales, más agobiantes y paralizadores que estimuladamente orientadores.

«English spoken» no puede comentarse en unas líneas. Al margen de la indudable gracia literaria de Lauro Olmo, de sus hallazgos verbales —detrás, como Lauro dice, está toda la tradición del género y de la obra de Arrieches—, de su palpitante y muy res-

petable voluntad de hablar de sus semejantes, hay en juego una concepción ideológica que, para mí, pasa a veces de la caricatura —apelación a lo grotesco— de nuestra epidérmica extranjerización, a la apología de muy dudosas tradiciones y maneras de ser típicamente ibéricas. Europa se convierte así en un instrumento de enajenación, cuando, a través de muchas décadas, ha significado, y significa, lo contrario.

Pero éste —así como la dirección de Alberto González Vergel y la labor de los actores, jóvenes en su mayoría— es un tema cuyo desarrollo no puede hacerse a la ligera. Justamente porque Lauro Olmo ha puesto en «English spoken» una materia de tan rica significación que, a través de su análisis, nos vemos abocados a la consideración de veinticinco años de difícil teatro español. ■ J. M.

UN CINEASTA SOLITARIO

Noticia de Jean-Pierre Mocky

Casi subrepticamente, con una única semana de permanencia en cartel se estrenó durante las vacaciones veraniegas una película que constituye la tarjeta de presentación en nuestro país de un realizador francés siempre olvidado a la hora de los recuentos, apenas conocido, con el que sin embargo hay que contar, y contar en serio: Jean-Pierre Mocky. «El club de la margarita» —que ahora inicia su carrera en los cines de barrio— está lejos de ser su primera obra. Desde 1959, en que realizó «Les fraguers», rueda regularmente a razón de un film por año, a pesar de la distinta suerte que han corrido sus películas en el campo económico. El año anterior había estado a punto de lanzarse a la dirección —previamente había sido actor, guionista— con «La tête contre les murs», que acabó siendo realizado por Franju, ante la negativa de los distribuidores a encomendar el trabajo a un desconocido. «Me tocó el papel del hijo que saca a pasear a su padre, es decir, yo tenía veintiséis años y saqué a un señor que tenía cuarenta y ocho, que se llamaba Monsieur Franju, que me debe su primera oportunidad. Mientras que, de hecho, habría debido ser él quien me sacara adelante... Como, evidentemente, yo no había hecho nada hasta entonces se dijo que era él quien lo había hecho todo, y como él no dijo lo contrario ocurrió que me encontré expoliado de mi trabajo artístico que me habría sido muy útil, puesto que entonces yo era muy joven y no había hecho nada. Necesitaba, por el contrario, que se dijera que había participado en aquella obra para poder continuar». En efecto, «La tête contre les murs», primer largometraje de Franju, tiene posiblemente más puntos de contacto con la obra posterior de Mocky que con la del propio Franju. Autores ambos preocupados por lo fantástico, pero capaces de encontrar sus raíces en lo cotidiano, en la sordidez de la vida de provincia, en lo grotesco de las leyes que rigen la conducta humana, en el absurdo de la moral burguesa, Franju y Mocky han seguido caminos, ya que no divergentes sí diversos. Más brillante, quizá, el de aquél. Más clásico, más desencantado, el de éste. «El club...» es, en clave de comedia, una amarga y al propio tiempo esperanzada reflexión sobre la inoperancia de las normas que regulan la relación hombre-mujer en nuestra sociedad, sobre la acumulación de tabús, de

trabas que se ciernen sobre ella. «Es la historia de un falsario, de un anarquista que quiere acabar con el Registro Civil, con todo el papeleo, e impedir a la gente mal emparejada que pase su vida atada. Es un film contra la lentitud de la justicia, la rapacidad de los abogados y las mujeres que piden pensiones astronómicas a los pobres pecadores. Es el proceso eterno de la sociedad embrizada y que no puede levantar un dedo sin encontrarse con una prohibición». Así definía Mocky su film antes de comenzar. Y, efectivamente, de esto se trata. De esto y más. De una magnífica comedia —cosa rara en latitudes europeas y aún más francesas— llena de imaginación que si quizá peca de una cierta falta de brillantez externa, posee una gran riqueza subyacente. No es, ciertamente, una obra maestra, pero sí un film, además de extremadamente simpático, importante, que hace desear conocer el resto de la obra de su autor. De un autor que, hablando de sí mismo y de su soledad en el panorama cinematográfico francés, dice: «Estoy solo. No soy ni De la Patellière, ni Resnais, ni Franju. Soy yo mismo y creo que, en consecuencia, no conoceré la gloria mientras viva. Es decir, que no tendré esa especie de delirio que suscitan algunos directores. En el fondo, y en cierta medida, me alegro de ello, ya que creo que las obras que quedan son las de gente que, mientras vivía, estaba "hecha pura", como Van Gogh... En cierto sentido, si se quiere, es desagradable sentirse completamente aparte, declasado, pero por otro lado es bastante agradable, ya que prefiero ser apreciado por algunas personas abiertas que por una masa de gente que se preguntan unos a otros para saber lo que está bien. Si se quiere, el poco de gloria que logro es el llegar a tener unos cuantos seguidores, no demasiados. Creo que si puedo seguir así unos años más estaré encantado de haber atravesado una parte de mi existencia sin que se hable mucho de mí, pero haciendo cada año una película que me gusta. Una película que, según creo, escapa a influencias precisas. Naturalmente debo sufrir influencias externas sin saberlo, inconscientemente, pero yo no copio como algunos compañeros listillos. No tengo nada que reprocharme, no copio a tal o cual cineasta, ya que en ese caso no experimentaría el menor placer haciendo cines». ■ C. S. F.



JEAN-PIERRE
MOCKY

art buchwald

LA SELECCION DE PRESIDENTE

CHICAGO.—El método norteamericano para seleccionar un presidente ha estado sometido a crítica este año. Se le ha acusado de ser molesto y anticuado. Yo creo que hay algo que decir para mejorar las elecciones, y me parece que sé cómo hacerlo.

Deberíamos aprender algo de nuestros aliados los vietnamitas del sur, que no sólo están practicando la democracia tal como se la hemos enseñado, sino que están introduciendo en ella algunas innovaciones. Por ejemplo, en su última elección presidencial escogieron a Nguyen Van Thieu como presidente, y tuvo que prestar juramento. Pero su principal rival electoral, Truong Dinh Dzu, fue condenado a cinco años de cárcel. La razón es que se encontraba a favor de la paz y de algún arreglo con el Vietnam.

El método del presidente Thieu para tratar a la oposición podría ser fácilmente adaptado a nuestro sistema político. Si lo aplicamos, no sólo eliminaría a muchos candidatos que no son serios respecto del cargo, sino que daría mayor excitación a la lucha presidencial. Un candidato a la presidencia sabría que iría a la Casa Blanca si ganaba o a la cárcel si perdía. Esto le daría mayor incentivo en la lucha.

Creo que en los Estados Unidos hemos dejado en paz a los periódicos de las campañas presidenciales con demasiada facilidad. Aunque un hombre sea ignominiosamente derrotado en las elecciones, sigue siendo tratado como un estadista por su partido. En Miami Beach vimos a los republicanos no sólo aclamando a Barry Goldwater, que les llevó a la derrota en 1964, sino también dedicando una gran ovación, en pie, a Thomas Dewey, el perdedor por dos veces, que mostró tanto coraje en 1948, al negarse a cortarse el bigote sabiendo que su negativa le costaría la presidencia. Y llegaron tan lejos como volver a designar candidato a Richard Nixon, un hombre que no sólo perdió la elección a presidente, sino también a gobernador de California.

Esto jamás hubiera ocurrido de utilizar el sistema democrático de Vietnam del Sur para elegir a nuestras figuras nacionales. Si vivieran allí, Dewey podría haber sido condenado a diez años de prisión; Goldwater, a cinco, y Nixon probablemente estaría todavía picando piedras en trabajos forzados. Y los republicanos, quisieranlo o no, tendrían que haber buscado otro candidato.

Los demócratas también estarían en dificultades. Dudo mucho que Hubert Humphrey hablase, como candidato presidencial, de la "política de contento" si supiera que de perder tendría que servir cinco años en la penitenciaría de Leavenworth. Y Gene McCarthy no se tomaría esta campaña tan a la ligera si se diera cuenta de que su actitud pacifista puede llevarle frente a un consejo de guerra. Hasta George McGovern lo pensaría bien antes de aspirar a candidato si supiera que le amenazaba una sentencia a prisión.

El presidente Thieu ha sido criticado por lo que le hizo a su oponente Dzu. Pero, con sentido retrospectivo, nos ha mostrado que la campaña política puede tener mucho más interés si se trata a la oposición con la dureza que merece.

En este país hay muchas personas que están realmente cansadas de ver a los políticos escapar tan fácilmente después de las elecciones. Si la cuestión principal en esta campaña es la ley y el orden, debemos dejar de lado ese mímico con los que pierden. Cinco años en la cárcel es un precio bajo a pagar por ser candidato a la presidencia de los Estados Unidos, sin contar con la rebaja de la condena que se puede obtener por buena conducta...